

denadas expresamente por la Santa Sede— opinaban de distinto modo que ellos.

De esta forma semioculta y casi vergonzante continuaron estos católicos franceses integristas, pero políticamente estuvieron muy unidos a las variadas vicisitudes del partido político que más les amparó, L'Action Française, para abocar al integristismo de los años 50, que adquirió un tinte más intelectual con la revista teológica "La Pensée Catholique", y la que es más de batalla polémica, "Itinéraires".

Así las cosas llegó el inesperado Concilio Vaticano II, que produjo una verdadera conmoción en las filas católicas. Fue como una especie de incipiente lavado de cerebro que cambió la dócil y temerosa actitud doctrinal de los católicos y les inició en una postura abierta y cuestionadora que no ha encontrado todavía claramente su norte.

Y en este punto aparece el problema de monseñor Marcel Lefebvre. Un obispo importante que ha pasado por los más variados cargos de responsabilidad y consideración dentro de la Iglesia: religioso primero, obispo y vicario apostólico después en África negra, arzobispo de Dakar más tarde, delegado apostólico para toda el África francófona y, posteriormente, superior general de su orden religiosa, llamada Congregación del Espíritu Santo.

Al volver a Francia monseñor Lefebvre —el auge de la negritud tiene mucho que ver con este hecho, que ha sido crucial en la vida del obispo integrista—, los obispos, sus colegas, empiezan a desconfiar de él, y le van dejando en el ostracismo hasta pedir que no esté en la Conferencia Episcopal francesa.

Tras el Concilio viene el endurecimiento de su postura y su



aislamiento. Pero hemos de preguntarnos si es justo el duro tratamiento que le ha dado la Santa Sede a este obispo conservador, que ayer fue exaltado y hoy rebajado por seguir siempre en un inmovilismo ingenuo y falto de perspectiva. No nos olvidemos de un hecho histórico: que los que ayer se nos decía a todos ser la única doctrina ortodoxa y sola práctica segura para un católico, es lo que ahora está defendiendo monseñor Lefebvre, y se encuentra con la oposición de esta misma Santa Sede que hace poco nos obligaba a aceptar ciegamente las posturas que hoy defiende monseñor Lefebvre: la Misa en latín, la ortodoxia más rígida, una moral anacrónica y un ritualismo conservador.

Complemento de este libro es también el editado por Desclée (Bilbao, 1976) titulado "La crisis de la Iglesia y monseñor Lefebvre", en el cual el conocido padre Yves Congar, O. P., expone sus críticas al obispo integrista, librito que merece la pena citar para poder leerlo y conocer así más directamente la polémica ocurrida en Francia. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Decadencia, delincuencia, denuncia

En su difícilmente discutible prólogo a "El jardín de los suplicios" (1), Luis Antonio de Villena define así el decadentismo: "Una atracción dorada por el abismo. El gusto complaciente por sentirse fin, y paladear, por lo tanto, la destrucción; el exceso convertido en sentido máximo de la vida, y manera vital de tocar la muerte. La fascinación por lo que nos destruye, si esta

destrucción, sin negar la podredumbre, va ataviada de galas barrocas, de gestos inútiles y bellos". A lo largo de todo su preliminar, Villena ha tratado de manera magistral la novela decadente, y ha incluido en ella "El jardín de los suplicios" y el "Diarro de una camarera", de Octave Mirbeau.

Pero "El jardín de los suplicios" es algo más que una novela decadentista, algo más —mucho más— que un deleite moroso en la destrucción y en la podredumbre entre flores, que contemplamos en su tercera parte. Es, más que una novela decadente, una novela delincuente. Como tal, se plantea el mundo como un lugar donde el crimen es omnipresente, como fundamento mismo de la sociedad. Su primera parte es una larga disquisición sobre este tema: unos amigos, todos hombres importantes, todos hombres de mundo, reunidos en casa de un célebre escritor de su tiempo, discuten sin prejuicios sobre el crimen, sobre el asesinato y el robo, y llegan a la conclusión de que, sin ellos, el mundo no sería lo que es, y la sociedad establecida —de la que todos los que hablan forman parte en puestos relevantes— se hundiría sin remedio. Uno de los personajes explica: "Todos somos, de un modo u otro, asesinos". La segunda parte, relato dentro del relato, es la narración de un invitado, que nos cuenta cómo, a través de peripecias picarescas, valiéndose de argucias mil y de varias canalladas, consigue un puesto relevante en la Administración; y cómo, a causa de algunos errores políticos, se ve obligado a exiliarse, a irse de Francia, en un viaje pagado por el Estado, que le llevará a Ceilán. En el viaje conoce a una hermosa inglesa, miss Clara, residente en China, de la que se enamora; deja su

destino en sus manos, no desembarca en Ceilán, y se va a China con ella. Y la tercera parte, la verdaderamente decadentista, está formada por el relato que se nos hace de los suplicios que la justicia china administra en medio de un florido jardín. Juega entonces Mirbeau con los paralelismos entre el amor y la muerte, y nos cuenta la fascinación que produce el horror supremo de la putrefacción. Pero todo esto, este cuento de horrores exquisitos, es más bien una ilustración a su tesis: que el mundo entero es un jardín de los suplicios.

Octave Mirbeau fue un periodista de denuncia, un naturalista como Zola, que denunció los excesos de su tiempo y puso en tela de juicio absolutamente todos los componentes de la pirámide social. Su novela está dedicada "A los sacerdotes, a los soldados, a los jueces, a los hombres que educan, dirigen y gobiernan a los hombres". Su decadentismo fue un oropel, un disfraz con el que hacer pasar la píldora de una violenta diatriba contra todo y contra todos. Como Georges Darian, que hizo en "Le Voleur" una novela a la vez de aventuras y de denuncia, Mirbeau cedió a los imperativos del fin de siglo francés, a una estética del horror, para mostrar el verdadero horror en que se fundamentan nuestras vidas. ■ E. HARO IBARS.

MUSICA

Semana de Madrid: Por una música viva

La "Semana de música en vivo", organizada por el Sindicato de Músicos de Madrid —un Sindicato abierto, unitario y democrático— ha cumplido sus objetivos más primordiales: poner en el tapete de una vez y por todas la situación del profesional en nuestro país. Una situación que podría resumirse, a nivel de estadísticas, en un paro real cifrado en el 80 por 100 de los trabajadores del medio. ¿Causas fundamentales? La escasa difusión de la música en vivo, en directo, y, por el contrario, la apabullante utilización de las grabaciones, los discos, las "cassettes" y los cartuchos, los "play-backs" y



Monseñor Lefebvre.

(1) Ediciones Cupsa.

GG

Colección
Punto y LíneaNovedades
FebreroLiselotte y O. M. Ungers
Comunas
en el Nuevo Mundo:
1740-1971
Plas. 240,-Yona Friedman
Utopías realizables
Plas. 180,-

Ultimos títulos publicados

Giancarlo Marmorì
Iconografía femenina
y publicidad
Plas. 200,-Franco Pecori
Cine, forma y método
Plas. 200,-George Grosz
El rostro de la clase dominante
&
¡Ajustaremos cuentas!
Plas. 220,-Filiberto Menna
La opción analítica en el arte
moderno
Plas. 240,-Mario Manieri Ella
William Morris
y la ideología de la
arquitectura moderna
Plas. 270,-Frank D. McConnell
El cine
y la imaginación romántica
Plas. 260,-Bienal de Venecia
Fotografía e información
de guerra.
España 1936-1939
Plas. 290,-Colección
Comunicación
Visual

Ultimos títulos publicados

Gui Bonsiepe
Teoría y práctica del diseño
industrialJean Cazeneuve
La sociedad de la ubicuidadGiulio Rapisarda (Ed.)
Cine y Vanguardia en la
Unión SoviéticaEditorial
Gustavo Gili, S.A.

demás artilugios técnicos que hacen posible la dictadura del "enlatado". Esta era la primera reivindicación que quería señalar la Semana: la música, como algo vivo socialmente que debe ser, debe llegar a la calle, a la gente, de forma directa, sin tapujos, sin intermediarios. Solamente así buena parte del fenómeno artístico, creativo, que encierra la comunicación musical puede recobrar su sentido.

Y, efectivamente, los profesionales han saltado a la calle. Con una rara unanimidad en la profesión —que contaba con escasas experiencias de este tipo en su haber—, con una solidaridad digna de ser resaltada, los músicos de todo tipo, los cantautores, los intérpretes y vocalistas, los "jazzmen", los cantantes de flamenco, incluso algunos músicos "serios" o "clásicos", al lado de los "frívolos" y "modernos" —términos que se revelan una vez más obsoletos y esquemáticos—, todos ellos como un solo hombre (como una sola mujer, si el lenguaje machista nos lo permite) han respondido a la convocatoria. Y, tras el ejemplo y la pauta de la Semana de Barcelona, celebrada ya hace algún tiempo con idéntica trascendencia, la acción de interpretar, tocar un instrumento o cantar ha recobrado uno de sus más fundamentales sentidos: llegar a una audiencia espontánea e indiscriminada. En la calle de Preciados, en la plaza de España, en el Rastro, en los jardines de Colón, en Callao y en algunos otros sitios menos céntricos pero igualmente importantes, allí han llegado los sonos de esta celebración festiva y colectiva, como denuncia no frivolidad, pero tampoco dramatizada de un "status quo" laboral que es necesario mejorar.

Los resultados económicos de la Semana no han sido, empero, tan favorables. El escaso apoyo ofrecido por el Ayuntamiento de Madrid, apoyo solicitado pero nunca conferido, ha hecho necesario un presupuesto elevado y cuantioso, que no ha sido posible recuperar en su totalidad, según comunicaron los organizadores. Centros oficiales como el flamante de la Villa de Madrid, de carácter eminentemente cultural incluso en su enunciado, u otros locales como el Palacio de Deportes, hubieran constituido un apoyo esencial. Únicamente el Ministerio de Cultura se mostró sensible al acontecimiento, en cuanto se supo de las dimensiones que podía y estaba alcan-

zando. El director general de Música se interesó viva y espontáneamente por la evolución del evento. Pero, con todo y con ello, el alquiler de locales como el teatro Monumental y un pabellón deportivo de Móstoles —donde se realizaron los recitales más convencionales... y costosos de la Semana—, hizo que los gastos se disparasen. Porque ese es otro de los males endémicos del sector: el alto precio exigido por la utilización de lugares donde se pueda ejercer el derecho a este trabajo y a esta participación comunitaria.

Pero, salvados estos escollos crematísticos, hay que volver a insistir en la positiva trascendencia de estos actos. Actos que recorrieron asimismo los recintos universitarios, locales de barrios y teatros. Teniendo como colofón la presencia de nombres como Aguaviva, Luis Pastor, Pablo Guerrero, Miguel Ríos, Alpataco, Dolores, Enrique de Melchor, Víctor y Diego y Paco de Lucía en un fin de fiesta semi-apoteósico, con la virtud, sobre todo, de simbolizar en sí mismo lo que había sido la respuesta general, indiscriminada, de muchísimos artistas a lo largo de los días anteriores.

En definitiva, se puede decir que esta profesión ha echado también a andar, y, más que eso, a cantar y a tocar, que es lo más propio para ellos. Los intentos de organizar sindicatos semiverticales o amarillentos ha sufrido, por añadidura, ante la fuerza demostrada por esta organización unitaria, un fuerte golpe. ■

ALVARO FEITO.

DISCOS

Crónicas
de otros tiempos

Y ahora resulta que las empresas discográficas españolas han descubierto que el rock tiene un pasado. Ya hemos hablado en otras ocasiones de los criterios actualistas con que programan los lanzamientos, de la escasa permanencia de los discos en catálogo y de otros irritantes hábitos. El que ahora algunas compañías se dediquen a editar grabaciones históricas sólo quiere decir que han descubierto que ese material puede ser tan rentable como el último pastiche que

escala las listas norteamericanas. Así, han aparecido la "Edición Coleccionistas", de Polydor, la serie "Idolos" (¡glup!), de Columbia, y alguna otra. Yo quisiera destacar los esfuerzos en este campo de una pequeña compañía catalana que ha podido pasar inadvertida por lo limitado de su red de distribución.

Auvi tiene los derechos para España de los sellos Sun e Immediate junto con las producciones de Giorgio Gomelski de mediados de los sesenta. Con un ritmo excesivamente lento, Auvi ha ido editando una serie de interesantes discos no disponibles anteriormente en nuestro país. Discos que ayudan a entender la evolución del rock durante sus casi veinticinco años de existencia y que todavía preservan gran parte de la frescura original.

Por ejemplo, el disco de Jerry Lee Lewis (Auvi 77-CH7) es arrollador a pesar de que contiene 16 canciones que fueron registradas en el período 1957-1963 y desechadas posteriormente. Jerry Lee aplica su inconfundible piano y hasta el material más soso revive con su ataque. ¡Ah!, lo único lamentable es que Auvi haya sacado esta colección de rarezas y deje dormir las docenas de grabaciones clásicas de rock and roll que constituyen el tesoro de la Sun Records, sello en el que comenzaron Carl Perkins, Roy Orbison, Johnny Cash, Elvis Presley, Charlie Rich y otros muchos.

Por el contrario, han salido varios LPs procedentes del catálogo Immediate, compañía inglesa que floreció en la segunda mitad de los años sesenta. Por ejemplo, han editado los tres primeros discos de The Nice, grupo con el que descubrimos el talento instrumental de Keith Emer-

